

PRESENTACIÓN LIBRO “GENTE QUE HACE ESCUELA”

JUAN CARLOS ESCOTET

22 de noviembre de 2012

Imaginémonos un mundo sin maestros. Preguntémonos cómo sería nuestra existencia si la civilización no hubiese configurado, cada vez con mayor destreza y sofisticación, el oficio de enseñar. Especulemos sobre cuál habría sido el destino de lo que entendemos como Humanidad, si no se hubiese producido entre nuestros antepasados el impulso de enseñar a los hijos aquellas palabras que designaban las cosas del mundo.

El acto de enseñar, ese momento irreplicable donde alguien transmite a otro un conocimiento o un modo de hacer las cosas, o donde alguien aprende con el apetito atento y los sentidos abiertos, posiblemente tiene tantas modalidades como hombres y mujeres hay en el planeta. No existe ser humano que no haya sido alumno, pero también maestro en algún momento de su vida. Hasta el más hosco y apartado de los seres, en algún momento se ha detenido para compartir lo que sabe con otra persona.

Cada uno de nosotros es el fruto de sucesivos aprendizajes, es decir, de sucesivos maestros. Basta con que cada uno de nosotros haga un generoso y breve ejercicio de recuento, para que experimente el regocijo de descubrir el extenso listado de maestros, profesionales y accidentales, que ha tenido a lo largo del tiempo.

Si tantos son los maestros con que nos encontramos a lo largo de la vida; si ante el pecho de la madre ya se produce una experiencia de aprendizaje; si, como dicen los estudiosos del tema, no pasa un día sin que los medios de comunicación no agreguen algún dato o conocimiento a nuestro almacén informativo; si todas estas son realidades que podemos aceptar como ciertas, qué está ocurriendo en el mundo que, de forma tan diversa y persistente, se multiplica la preocupación de que en el acto esencial de enseñar y aprender algo no anda bien, como si una silenciosa fractura hubiese ido tomando cuerpo en la casa, en la escuela y en el trabajo, lo que constituye motivo de sobra para pensar que se trata de un problema de la cultura vigente, no en Venezuela sino en el planeta entero.

Con toda seguridad en esta sala hay personas más calificadas que yo para explicar qué podría estar pasando. Cómo puede resolverse esta complejidad, esta madeja de contradicciones que parece oponer lo masivo con el anhelo o la exigencia de Calidad, que es a fin de cuentas un propósito ineludible de la gestión educativa. Mis opiniones no son más que las de un ciudadano preocupado por lo que ve, por lo que lee y por lo que escucha. Y es en medio de esta perplejidad, de esta inquietud con la que también las empresas lidian todos los días, porque también para el sector privado la educación de su gente se ha convertido en un asunto de la mayor importancia, digo, es en medio de esa perplejidad que un libro, no más que una colección de entrevistas presenta, sino una respuesta a toda la

anchura del problema, sí, al menos, una primera comprensión en relación a algunas de sus variables.

Gente que hace escuela produce una sensación de libro de otro tiempo o, si se quiere, de lectura atemporal. Hay en los testimonios de los maestros entrevistados una reivindicación de conductas y actitudes que tienen una larga historia. Son voces que nos llenan de recuerdos, en especial, a los que alguna vez, en la infancia o en la adultez, tuvimos el privilegio, porque ese sí que es uno de los más significativos privilegios de los que uno se puede ufanar, de tener un tutor, un guía, una figura experimentada, que nos enseñara y nos guiara.

¿De qué hablan los hombres y mujeres entrevistados en el libro, más allá de los aspectos específicos de sus respectivas especialidades? Se refieren, de forma explícita o latente, a la vocación como la fuerza capitular que los ha conducido por el camino de la enseñanza. Y es quizás necesario que en este momento nos detengamos apenas un segundo a pensar en el significado, en el eco, en la honda resonancia que tiene la palabra vocación, porque sólo de ese modo lograremos aproximarnos al sentido de Gente que hace escuela.

Vocación es ese deseo de compartir lo que se sabe y recibir satisfacción en el hecho de verlo proyectado en otra persona; vocación es la vigilia sin intermitencias con que estos maestros se han consagrado a diseminar sus saberes; vocación es la paciencia y disposición para insistir y reiterar por otros caminos, hasta que la transmisión se produce y es acogida por quien aprende; vocación es, sobre todo, el intercambio de experiencias humanas que enriquecen, en una relación de mutua dependencia, a quien enseña y a quien aprende.

Estas cosas que he señalado apuntan, más allá del hecho educativo, a la cuestión de las relaciones humanas, al tiempo que nos dedicamos, a la calidad con que nos dirigimos unos a otros, a la concentración con que escuchamos lo que el otro tiene que decirnos, a la manera cómo contestamos a las pregunta que nos formulan. Porque lo que Gente que hace escuela traza como el espacio nato para que se produzca una situación de excelencia de lo que se enseña y se aprende, además de las condiciones materiales básicas, es un estado de relación, un vínculo peculiarísimo entre maestro y aprendiz.

De Andrés Bello, uno de los más grandes eruditos que haya nacido en Venezuela, a José Antonio Abreu, un ser que ha convertido la irradiación del espíritu en el más potente programa educativo que haya tenido nuestro país en los últimos cincuenta años, en Venezuela no han faltado nunca los grandes maestros, tanto los de resonante nombre, como los innumerables que han actuado en el silencio del deber y la dedicación indeclinable. Nos llenaríamos de admiración siuviésemos la ocasión de reconstruir la historia de miles y miles de maestras en todas las regiones del país que, a partir del gobierno de Eleazar López Contreras, se entregaron a la tarea de alfabetizar a cientos de miles de venezolanos durante cuatro décadas.

Si una preocupación comparte la sociedad venezolana, esta es la del estado actual de sus mecanismos de transmisión. Ahora mismo hay venezolanos preocupados no sólo por lo que ocurre en las aulas, sino también por el surgimiento de realidades que afectan las distintas correas de transmisión, no sólo de los conocimientos formalizados, sino también de todo el apresto que los valores, las tradiciones y los pequeños secretos guardan en relación al objetivo de pensar bien, actuar bien y dar siempre, en especial hacia los demás, lo mejor de nosotros.

Ahora mismo se están produciendo ruidos, fisuras, problemas en el engranaje de las comunicaciones en todos los espacios donde alguien podría enseñar a otro. Es posible que el deterioro del deseo de aprender, que parece estar tomando cuerpo en grandes capas de la población, no pueda revertirse si la educación, además de la masificación, no abre las brechas para volver a poner en el lugar que le corresponde, a los preceptos esenciales que derivan de la vocación y de la relación entre quien puede enseñar y quien lleva consigo la comprensión de que su formación aún no ha terminado.

Gente que hace escuela tiene el mérito de hacer posible el encuentro con hechos esenciales de la transmisión de los saberes. Saberes de la ciencia, de lo instrumental y de la acumulación técnica, pero también saberes que provienen de las tradiciones culturales, lingüísticas y emocionales que están presentes en la cultura venezolana.

Tiene el libro algo apreciable: que el peso de sus fundamentos proviene de la experiencia. Son las voces de consagrados maestros las que nos incitan a la reflexión. Lo que se escucha a medida que se lee cada conversación, es el habla macerada del que conoce tanto las evidencias como los secretos de su oficio, y está en disposición de espíritu para entregarlo a otros.

Porque de eso se trata a fin de cuentas: de un libro que recoge el espíritu, de una práctica que resume lo mejor del espíritu humano.

Muchas gracias.

Juan Carlos Escotet Rodríguez